

Nuestro Martí³

Oclides Vázquez

Alta, serena y ya secular desde este día la dimensión histórica de José Martí; a pocos pasos de la tumba en que descansan simbólicos los restos de su cuerpo —que los de su espíritu aún vagan quejumbrosos pidiendo su reposo en el de la mano cubana que hiere a otro cubano, en el de la lengua que ofende, en el del hijo apóstata— y a la cual no pudimos llegar esta mañana porque la dictadura se ha guardado bien de que no le viéramos el bochorno y la tristeza con que le sorprende su primer centenario; avergonzada un tanto de su involuntaria ausencia del deber actual, e impedida por lo mismo de convocar a él ya que la primera condición para hacerlo, será la obligación de encabezarlo y dirigirlo —se levanta mi voz en esta sala: cauce que se limita la natural impaciencia juvenil con necesarios, con indispensables contenes de razón.

No se espere de mi, pues, por hablar como hablo a nombre de la muchachada inquieta, rebelde e iracunda a causa de la ofensa nacional que ha largos meses padecemos, el olvido de que ocupo tribuna catedral, que no es la popular y abierta donde la misma bóveda estrellada o azul permite los períodos encendidos y sin frenos, anchos como los pechos de nuestros atletas y los sueños de nuestros colegiales; no sea que los que la integran y luego usarán de ella, me la tilden de holgada si no luzco la cautela y ponderación supuestas a un pichón de humanista.

³ Conferencia pronunciada el día 28 de enero de 1953.

Todos los que aquí nos congregamos estamos unánimes por la patria. Lo emotivo, si no huelga, puede esperar en lo más íntimo del alma atribulada, reducido tan solo al temblor de los labios que se saben hablando en uno de los pocos reductos que aún le quedan a nuestra libertad. Porque yo quiero también que la ley primera de esta tribuna universitaria sea la de mantenerla siempre en el plano elevado que la cultura y la sabiduría —que es su expresión más alta— conceden y exigen.

Yo podría erigirme en biógrafo circunstancial del Apóstol en estos instantes; y como le amo, y le estudio y le conozco, hablar extensamente de su vida y su obra; aunque no sabría decir donde su vida deja de ser tal para convertirse en obra, y sí mejor que una y otra se identifican como sustancia y atributo inseparables y únicos de su naturaleza genial. De aquel “bribón travieso cazando mariposas” en las riberas del Hanábana, mientras de noche, hurtándose a la mirada ruda del padre incomprensible, escribía sus versos “a la luz del cocuyo o de la luna cómplice”. Del discípulo atento de Mendive deslizándose ora obsequioso, ora taciturno por los pasillos del San Anacleto, que eran a la vez aula y hogar, encendiéndose frágil con los relatos que se filtraban de los primeros cantos de la epopeya del 68, y que el viejo maestro repetía con fruición y con orgullo. Del penado 113 arrastrando aun imberbe el anticipo adolescente de su futuro martirio. Del deportado sin odios que en la península indiferente toca las puertas de la República acabada de nacerle a España, pidiendo mendrugos de libertad para su amada, en la creencia ingenua de que esta iba a ser menos española que la monarquía expulsada pero no vencida.

Cuba lloraba por sus ojos. Y si el bautismo de las canteras de San Lázaro no lo hubieran señalado ya para el oficio abrupto y luminoso de militante primero y redentor después del derecho cubano a desglosarnos de la férula metropolitana, aquella noche española cuando la vehemencia de su verbo hizo caer el mapa de la isla que coronó su cabeza, cualquier observador profundo hubiera visto en el suceso tomado por ridículo o gracioso, el símil acertado con que lo señalaba la casualidad.

¡Cuánto podría contarles de su dilatado fervor americano!..., tanto que su pasión por libertar a la patria con ser de por

sí un propósito que concede a su obra calidades apostólicas, se agigantaba en su pensamiento en la medida que servía al logro y afianzamiento del real destino hispanoamericano, mucho muy otro que el menguado y deslucido de comparsa genuflexa donde se compromete peligrosamente nuestro verdadero acervo cultural. “Las palmas son novias que esperan y hemos de poner la justicia tan alta como aquellas”. Pero no solo en Cuba, sino en América toda había tantas palmas como tan poca justicia. Su doctrina excedía las necesidades históricas de su tierra lejana. La unidad de la lengua y el común origen estaba urgida de convertirse en unidad política y espiritual.

A México llega y al par que vierte al trópico los anatemas recientes del desterrado de Guernesey, cuya longevidad mantiene a la escuela romántica en precaria vida artificial como de cámara de oxígeno, se ejercita para trillarle el camino modernista al indio musical que en la ladera del “Momotombo ronco y sonoro” ensaya ya su canto innovador.

A Mercado se funde como ayer a Fermín. Y cuando siente que el ambiente se mefitiza con las arrogancias del Profirio Díaz, pone proa más al sur y Guatemala lo recibe, lo halaga, le da seguro hogar para su escasa felicidad matrimonial y entre veras y fantasía motiva con recato demasiado elocuente los versos esotéricos y sencillos del idilio fatal.

¡Y qué decir de su gesto ejemplar cuando renuncia al bienestar guatemalteco en aras de la amistad y porque el ansia de Cuba devoraba sus ojos y el pretexto era noble y a la vez adecuado para acogerse a la Paz del Zanjón! ¡Y de su copa quebrada en los altos del Louvre cuando él, “átomo encendido que tiene la voluntad de no apagarse” no brinda, ni siquiera para congraciarse con el homenajado, norma elemental de la buena educación social, por una política cubana a media luz! ¡Y de su pose insurrecta delante del propio Capitán General cuando en la tribuna de Regla la voz y las manos le delatan el ansia de rehacerle a la patria el decoro maltrecho por el fracaso de la Guerra Larga!

¡Qué de interminables impresiones podríamos sacar de su vida como de árbol que anda por las grises avenidas del coloso norteño, el cual no le conquista, sino que le acrecienta aquella devoción que le convierte en embajador natural de la América

indígena en la América rubia! Del dulce continuador del ideal bolivariano consolándose de su fracaso conyugal a los pies de la estatua del padre en la plaza de Caracas —nuevo Aventino americano— y jurando tremante dar remate adecuado a la obra inconclusa del Libertador.

Con qué legítimo orgullo y regocijo mayor recorreríamos la sementera de su labor escrita y mostráramos al titán del verbo construyendo pueblo desde la tribuna; al prosista sin paralelo americano haciendo del idioma materia y técnica dóciles a sus caprichos de artista y su mester de patriota; al más insondable de los poetas sencillos; al precursor osado y sin ubicación estilística posible, cuyos versos hirsutos resoplan indomables cuando de las bridas se les quiere tomar para ceñirlos al pesebre insoportable de la clasificación metodológica; al crítico de arte agudísimo; al hacedor infatigable de cartas doradas donde nos ha dejado su biografía interior...

Podría, en fin, hablarles de la Noche Triste de la Fernandina; de las cláusulas bíblicas del Manifiesto de Montecristi; del aferrado timonel del barquichuelo que lo conduce a la Inmortalidad; de los días inconsútiles que marcan su itinerario de Playitas a Dos Ríos; de su desplome físico y su ascensión histórica; de la prolongación eterna de su vida aquel inolvidable 19 de mayo.

Pero esta que es tarea a iniciar por el ilustre disertante de hoy, no se extenderá en mí más allá de una breve ojeada a las crestas estelares de su sembrar sin tregua. Algo evita que la alegría largamente guardada con pueril avaricia, para echarla esta noche del alma, se resuelva en angustia; y más que a júbilo y a gloria los bronceos agoreros del centenario martiano llamen a somatén. Y como que esta conmemoración no pasaría de ser el fatuo rogado de diletantes inútiles si no la planteáramos en relación con la burla trágica con que el acaso se ha complacido en situarla, tócame a mí, a nombre del organismo estudiantil que represento, analizar las circunstancias dolorosas que nos la empañan y entristecen, haciéndonos empezar de nuevo, contritos y dudosos, el camino perdido de vista desde la década de los años treinta, cuando, como ahora, primaba en nuestro país la farsa grotesca de la fuerza sobre la inteligencia y el derecho.

Lo primero que se nos ocurre preguntarnos, para hurgar en el trasfondo de la problemática cubana actual, es si será correcto decir que todo lo que hoy lloramos por perdido: Constitución, libertad política y de expresión, progreso económico, justicia social, se disfrutaba a plenitud antes de la cuartelada fatal; o era únicamente un ficción teórica que no operó jamás según señala el argumento manido de los propagandistas del régimen. Bastará una breve mirada retrospectiva y un sí rotundo y general coreará nuestra respuesta afirmativa.

Muchos fueron sin duda los pecados de los últimos gobiernos constitucionales; pero si no fuera bastante y superior a lo actual el hecho de que se debían a la determinación popular expresada en las urnas, un poco viciada quizás por la imperfecta mecánica electoral y por la inmadurez política decreciente de un pueblo nacido a la independencia y a la libertad sin el ejercicio previo para comprenderlas y disfrutarlas, sobraría para merecer la repulsa de que disfruta el ejemplo histórico de que no hay miserias de los gobiernos constitucionales que una dictadura del corto vuelo de la nuestra no exacerbe y aumente.

La factoría que fuimos hasta la abolición de la Enmienda Platt, no fue, como tampoco lo había sido la colonia —salvo las honrosas excepciones del caso—, escuela de ciudadanos ejemplares, no obstante el esfuerzo gigantesco de la República en Armas de educar a sus huestes en la propia manigua. Porque la educación para la libertad es una disciplina que necesita de sí misma. Según se la practica se la alcanza. Es un ejercicio exhaustivo y metódico que da confianza si se le ejecuta con regularidad. ¿Cómo es posible, pues, que tras el largo interregno retroactivo de la termidoriana batistera, que paró bruscamente lo que bien pudo ser sin su intervención fatídica una revolución integral, pudiéramos exhibir una mayor capacidad para su uso que la efectiva aunque defectuosa que el cuartelazo nos arrebató?

En un ensayo de boga en los últimos meses de la legalidad, se hacía notar que de los tres objetivos fundamentales del movimiento revolucionario que derrocó a Machado para ser a su vez derrocado por Batista, y puesto de cierto modo en marcha nuevamente a partir de la promulgación de la constitución de 1940 por las doctrinas contenidas en su articulado

renovador, dos habían sido concretamente logrados: la independencia política y la prosperidad económica. Solo el tercero, que se refiere a la moral administrativa, se resistía a adoptar las soluciones previstas en la Carta Magna para desterrar la inclinación al peculado heredada de España y las subsiguientes intervenciones norteamericanas, porque la misma abundancia del erario público permitía el enriquecimiento de funcionarios y políticos, al par que se atendían, a veces con irritante deficiencia, las más perentorias necesidades de la nación.

Además de esto, los tres poderes clásicos de Montesquieu funcionaban normalmente. Y si bien es innegable que en el aspecto legislativo cierta rapacidad inocultable dificultaba las mejores intenciones individuales y del propio Ejecutivo, se echaron a andar varias de las más importantes leyes complementarias de la Constitución, las que garantizaban su mayor eficacia; y la oposición desplegaba, con iguales derechos y garantías, aunque con recursos inferiores, su función de equilibrar los frecuentes desmanes del partido de gobierno, luciendo inclusive con grandes probabilidades de triunfo en la justa electoral que se avecinaba.

Los llamados “grupos de acción”, fenómeno de raíces profundas y compleja manipulación que debía su origen al clandestinaje impuesto a la oposición por la primera dictadura batistera, y que se había fundido últimamente con el hampa habitual y los raqueteros infiltrados en el subsuelo politiqueril, parecían destinados a perecer con el triunfo de cualquiera de las dos principales candidaturas aspirantes a la gobernación el 1 de junio de 1952. Inclusive hay poderosas sospechas que hacen suponer las manos de los conspiradores de Kuquine moviendo muchos de los hilos que los manejaban, y auspicando los últimos atentados de las calles habaneras, como preparatoria ambiental del plan subversivo, según la técnica copiada de Curzio Malaparte.

La libertad de expresión era completa. El llamado “decreto mordaza” produce hilaridad frente a las medidas de represión del pensamiento político puestas en práctica por la dictadura. Cuando se escriba la verdadera y desapasionada historia de la muerte de Eduardo Chibás, se verá cuan poderosamente influyó el uso múltiple y sin obstáculos de los medios de propaganda modernos en el trágico pistoletazo de la CMQ.

Nadie pidió a la soldadesca que bayoneta en ristre se abrogara el derecho de concedernos lo que esperábamos obtener del ejercicio correcto del sufragio. Cada elección significaba un avance en la educación política del país. Había una verdadera conciencia del arma poderosa que se usaba en las urnas. La misma selección de los candidatos presidenciales de los bloques mayoritarios, extrayéndolos de entre los más honrados y capaces, daba la tónica de como se depuraba el proceso comicial. Pero las elecciones se celebraron en el campamento militar de Columbia con ausencia del pueblo y tres meses de anticipación. Salieron electos los únicos que no contaban con votos para lograrlo de manera legal, y de los detritus que ya creíamos fosilizados del palmacristi y la Ley de Fuga surgieron los especímenes arqueológicos que ayer habían sido proscritos de toda acción gubernamental por la incuria demostrada al frente de los destinos nacionales. La fuerza votó de madrugada, escudándose en la sombra para perpetrar su fechoría y el elegido fue el único que puede usarla sin sonrojo y con harto conocida familiaridad, para burlar la voluntad honesta del cubano de darse los gobernantes según prescriben las normas de la soberanía popular.

Y a esta asonada triunfante por la candidez de gobernantes ganados por la vida muelle; incruenta porque la normalidad política de que disfrutábamos nos mantenía apartados de los métodos expeditivos puestos en práctica por ella misma, y era la mano a la labor honrada y no al rifle, y la mente a los colegios electorales y no a los cuarteles, se llama a sí misma con descarada insolencia revolución. La revolución es un acontecimiento de factura popular y no cuarteloide; de abajo hacia arriba, que respondiendo a un ideal profundamente arraigado en la mayoría de un pueblo y a un estado de opinión largamente extendido, se produce bruscamente, arrastrado por los impulsos más generosos del espíritu y en la mayoría de los casos destruye las estructuras políticas, sociales, económicas y hasta religiosas existentes para sustituirlas por otras donde se superen los males que la motivaron.

Ninguna de estas características comportó el levantamiento castrense del 10 de marzo. A la subversión de las jerarquías estatales que colocaba lo militar por encima del poder civil, siguió

el halago desorbitado a los cuerpos armados que lo propiciaron en detrimento del resto de la población. Los poderes Ejecutivo y Legislativo se concentraron en un Consejo de Ministros sometido a la voluntad omnímoda de su presidente que puede formarlo y revocarlo a gusto. Se sustituyó la Carta Fundamental de la República, discutida y votada en asambleas democráticas populares, por unos estatutos confeccionados unilateralmente y en la sombra de un gabinete sin prestigio, donde se suprime todo precepto que impida el libre ejercicio de la tiranía. En el orden social se produce un viraje anacrónico hacia la derecha y en el administrativo se crean organismos de tipo fascista como el Ministerio de Prensa y Propaganda y el Consejo Consultivo donde se sientan, junto a los satélites del régimen excedentes de las óptimas pitanzas de los ministerios, los más recalcitrantes defensores de la usura capitalista y la explotación de obreros y campesinos. Por último, se convoca a unas elecciones apócrifas para entretener a criollos y a extraños, al amparo de un Código Electoral donde se suprimen las más preciosas conquistas de nuestra generación: el voto directo, el conteo inmediato en los colegios electorales y otras, realizado —como los estatutos— de manera inconsulta, con el retrato inconfundible de una apetencia de mando ilimitada y donde el mismo poder que las auspicia y ha de vigilarlas aspira a ser ratificado.

Y todo esto cuando nos aprestábamos a conmemorar dignamente el Cincuentenario de la Independencia y el Primer Centenario de José Martí.

Pero que tales cosas sucedan en una época en que les sobran dedos a las manos para contar los pueblos libres de la América hispana, con ser tan desconcertante no lo es tanto como ver que se repiten en el campo de la oposición política las tácticas infructuosas pedidas a gritos por los que aspiran a perpetuar la situación factual que padecemos. De ahí que no sea del todo inútil para aquellos que hoy andan a la greña disputándose el privilegio de dirigir la resistencia a los usurpadores y encabezar el regreso a la normalidad constitucional, ahora en receso lamentable, recordar algunos de los gestos sublimes del Padre de los *Versos Sencillos* cuando de poner por delante el interés patrio se trataba:

Así, a causa de las críticas hechas por Martí al libro de Ramón Roa donde este describe los horrores de la Guerra de los 10 Años, por lo deprimente que resultaba para el espíritu bélico que aquel trataba de resucitar, Collazo le insulta en carta memorable, y un año más tarde, en las horas febriles de la fundación, este mismo Collazo pasa a ser su ayudante más cercano.

Trujillo le embarca para Cuba, a escondidas y en complicidad con el cónsul español, el hijo y la mujer, y no sale de sus labios ningún reproche público para el cubano que, según él, contribuye a su manera al triunfo de la causa de la Independencia.

De Gómez se separa en 1884, apenas conocidos, “porque no se funda una República como se manda un campamento”, pero una vez que su genio allegador de fondos y de espíritus aglutina los recursos indispensables para “la guerra necesaria”, pone en las manos del Chino Viejo la jefatura militar y suscribe con él el documento más generoso que haya precedido guerra alguna.

También el General Antonio recela de aquel poeta iluso que quiere lograr con una pluma lo que él no pudo con el machete de Peralejo, y en La Mejorana se enfrentan y estallan para no salir sino unidos formando el binomio de acción y pensamiento más extraordinario de la gran guerra emancipadora americana.

Y como si todo esto fuera poco, ahí tenemos en interminable dispensa de ternura y amor su mística cubana dictándole las frases nazarenas de su testamento apostólico que harían una lista interminable: “desde la cama junto”; “ámeme (dice a Gómez) como yo le amo”; “El deber de los hombres está allí donde es más útil”; “la patria es agonía y deber...”.

No es que yo crea en la eficacia de una unión indiscriminada e hipócrita sostenida por frágiles tobillos de barro, y por lo mismo sin base doctrinal ni ética y solo como simple conveniencia de ocasión, de los maculados e iscarotes de siempre con los que aún pueden exhibir el expediente de sus actividades públicas limpio de transgresiones y de complicidad con el pecar político. La misma insistiría precisamente en el mal raigal de todas nuestras desgracias ciudadanas y nos restaría el respaldo moral necesario para el castigo ejemplar y útil que ha de presidir la Nueva República; pero sí estoy convencido del enrolamiento

necesario bajo un programa común y único de profundas realizaciones sociales de todo lo sano de las tendencias hoy en pugna por secundarias posturas que estorban y retardan el derrocamiento inevitable de la dictadura militar.

Mas aquello que haya de venir no pasará de ser una mera restauración si no se lo provee de verdadero contenido revolucionario acorde con las corrientes sociales avanzadas de nuestra época adaptadas a la peculiar manera de ser de nuestro pueblo; si una vez triunfante no se acomete la tarea de redimir al guajiro de su indigencia dándole posesión de la tierra que trabaja y la no menos urgente de repartir entre los desposeídos el capital excesivo, pero no de manera directa, sino a través de fuentes de trabajo y asistencia social, de suerte que una vez equilibradas las fortunas de acuerdo con las aptitudes y necesidades de cada cual, la propiedad y la iniciativa privadas sean como la libertad limitadas a la medida que no se interfieran y perjudiquen unas a otras. La diversificación agrícola, la industrialización del país en la medida que la permitan los recursos naturales y la nueva organización social, la nacionalización de los servicios públicos extranjeros y la erradicación total del absentismo, han de ser objetivos inmediatos, junto con el rescate de la enseñanza de manos extranjeras que valiéndose de ciertas religiones la adulteran, debiendo limitar la labor de estas últimas al templo y la beneficencia pública, único marco adecuado y justo para el desarrollo de sus actividades espirituales. Una verdadera democracia social y política donde el Congreso del pueblo sea su fiel representación y no el instrumento eficaz de las clases privilegiadas a través del cual ha sido imposible hasta ahora filtrar un programa de leyes de verdadera reivindicación popular.

Todo esto bajo la advocación del pensamiento y el ideal martianos, traduciendo al cubano y a Martí el cuerpo de doctrinas que la historia y su devenir contemporáneo han demostrado ser las más necesarias y urgentes de realización plena, como homenaje único y sustancial a la memoria del Maestro bienamado que espera de sus hijos la misma conducta por él exhibida en la hora del sacrificio, que parece estar marcando de nuevo el reloj de la actualidad.